

Humboldt y la polémica de la ciencia española

Fermín del Pino Díaz

Este año se cumple el bicentenario de un hecho memorable, cuando el joven Alejandro de Humboldt se embarcó el 5 de junio, en el puerto de La Coruña, para llevar a cabo una expedición científica prolongada por la América española. A lo largo de cinco años recorrería la selva venezolana, el altiplano y la costa septentrional del área andina (de Colombia, Ecuador y Perú), gran parte de México y Cuba, y la costa atlántica norteamericana, siendo recibido siempre con todos los honores por las autoridades de cada país (jefes de Estado, virreyes, gobernadores, alcaldes, párrocos, grandes hacendados, etc.). El viaje al Nuevo Mundo había sido decidido en lugar de otros posibles, para los cuales estaba preparado desde hacía tiempo, una vez aceptado como miembro de la Academia de Ciencias de París: Egipto, alrededor del mundo, etc. Antes de acometerlo había visitado Inglaterra, Francia, Bélgica y los Países Bajos con el mejor *cicerone* posible, para preparar su viaje americano: con George Foster, el hijo y acompañante del naturalista que llevó el capitán Cook en su segunda vuelta alrededor del mundo. De sus dificultades para publicar los resultados de su viaje con Cook, sin contar con el Almirantazgo inglés, aprendió Humboldt que había que mantener un mínimo de independencia personal dentro de las expediciones oficiales.

Después del magno viaje americano, Humboldt no se movería de Europa, radicado casi permanentemente en Francia, y haciendo cortas salidas a Alemania, Italia e Inglaterra, hasta que el zar le permitió visitar con todos los honores Siberia (en 1829), como parte de un viejo proyecto de *grand tour* asiático, largamente acariciado. Quedó en nada un viaje a la India, que el gobierno inglés no le concedió, a pesar de las mejores recomendaciones. Ni Francia primero, ni el imperio británico después —las dos mayores potencias del momento—, le habían permitido visitar sus colonias, y Humboldt se tuvo que conformar con reconocer dos imperios marginales (en germen o en decadencia): el ruso y el español. Dos imperios, sin embargo, desde los cuales pudo realmente adquirir unos conocimientos de alcance cósmico, y publicar unos resultados que marcarían radicalmente una época —el paso de la Ilustración al romanticismo—, y un ámbito paradigmático —el

de las ciencias—. La experiencia americana de Humboldt dejaría en él una huella indeleble, de la cual viviría el resto de su larga vida, más de medio siglo (1804-1859).

La mayor parte de este tiempo estuvo dedicado a publicar los resultados de su viaje americano (1805-1834), que no concluirían realmente sino hasta su muerte misma, cuando sale la última parte de su obra cumbre en cuatro tomos, titulada *Cosmos, ensayo de una descripción física del mundo* (1846-58). En ella quedaba resumida toda una larga vida de trabajos renovadores de física y geografía, aunque enriquecida con puntos de vista pluridisciplinarios (astronomía, arqueología, botánica, zoología, sociología política y arte). A pesar de esta multiplicidad de informes y prospecciones, la impronta principal de su perspectiva seguía siendo la americana. De hecho, algunas partes de su *Cosmos* están tomadas de sus obras anteriores, especialmente de *Cuadros de la naturaleza* (Stuttgart-Tubinga y París, 1808, en alemán y francés), que parece haber sido su libro favorito.

Con ella culminaba, en cualquier caso, una masa de publicaciones al fin de su periplo como ningún otro científico individual había logrado realizar: incluyendo cerca de medio centenar de volúmenes (30 de ellos en francés), principalmente una relación histórica de su viaje de la primera parte (la selva venezolana), dos ensayos político-económicos sobre México y Cuba, muchos volúmenes de mediciones astronómicas y descripciones botánicas y mineralógicas, otro de representaciones arqueológicas y paisajísticas, más otro de historia de la geografía. A ello se añadirían varios tomos de mapas, dibujos y vistas pintorescas; y todo ello sin contar miles de epístolas, que pronto serían afanosamente publicadas en colecciones diferentes. Como dice Douglas Botting, «Fue la mayor empresa de este género jamás emprendida por un particular y, como salió a la luz corriendo él mismo con gran parte de los gastos, finalmente le llevó a la ruina financiera». Efectivamente, su entierro en Berlín, aunque multitudinario y presidido por el rey, tuvo que pagarlo la Corona, a petición suya.

En este sentido, puede decirse que dilapidó una fortuna, quedando su rica herencia comprometida en el programa global. Es posible que, excepto el caso de la expedición napoleónica a Egipto, ninguna otra empresa científica haya merecido una atención editorial comparable, como él mismo se encargó de destacar. Según recuerda también un estudioso contemporáneo, «Sólo otra publicación francesa superó el importe de los trabajos de Humboldt, la *Description de l’Egipte*, para el cual el gobierno francés adelantó la suma de tres millones de francos» (Helmut de Terra, tomado de su pri-

mer biógrafo, Hermann Klencke, 1851). Dado el coste desorbitado de unos libros lujosos, acompañados de cientos de dibujos y grabados a color, Humboldt tuvo no sólo que renunciar a sus derechos de autor sino incluso adelantar pagos a los editores, sin recoger frecuentemente las inversiones, por falta de ventas.

Para colmo, el afán de discreción del autor (para reservarse parte de su diario en los tomos de la *Relación histórica*, que se interrumpen tras su viaje venezolano), o su perfeccionismo (mandando tirar láminas o grabados imperfectos, ya impresos), acabó por preocupar a su muy acomodada familia, y le obligó a entrar con sueldo en el servicio de asesores del emperador alemán, y a solicitarle a veces enojosas ayudas extraordinarias. Eso constituía un verdadero quebradero de cabeza para un hombre como él, que por conservar su independencia no quiso aceptar cargos más lucrativos como el de ministro o embajador del gobierno prusiano, y ni siquiera había admitido de la Academia de Ciencias de París formar parte ordinaria del viaje «oficial» en la expedición de Nicolás Baudin alrededor del mundo: por eso había preferido luego pagarse los costes personales de su viaje americano, y de la edición posterior, cuando recibió la oferta de las autoridades españolas.

En medio de este panorama personal, tiene cierto valor que el mismo Humboldt se refiera a los gastos de la Corona española en favor de la ciencia botánica de un modo tan elogioso: «Ningún gobierno europeo ha invertido sumas mayores para adelantar el conocimiento de las plantas que el gobierno español. Tres expediciones botánicas, las de Perú, Nueva Granada y Nueva España... Han costado al Estado unos dos millones de francos. Además se han establecido jardines botánicos...»¹

Su relación con la Corona española, y sus reivindicaciones

No es el momento de analizar las motivaciones varias que puedan haber llevado a la monarquía española a desplegar su interés oficial en favor de la botánica y de otras ciencias más parecidas a la empresa de Humboldt,

¹ Cita tomada de Arthur R. Steele: Flores para el rey. La expedición de Ruiz y Pavón y la «Flora del Perú» (1777-1778), Barcelona: Serbal, 1982, p. 7. He dedicado antes alguna atención al peso que tuvo el prestigio nacional entre las motivaciones españolas para aprobar las expediciones ilustradas del modo tan intensivo e imprevisto en que lo fueron, y he encontrado que intervino mucho la emulación con Francia, como había pesado esta misma emulación en Francia respecto a Inglaterra. Cf. «Por una antropología de la ciencia. Las expediciones ilustradas españolas como "potlach" reales», pp. 173-186 de F. Del Pino (Coord.) Ciencia y contexto histórico nacional en las expediciones ilustradas a América, C.S.I.C., Madrid, 1988.